

## CATALUÑA

# ‘El Pappus’, memoria a prueba de bomba

Una placa en la calle, una exposición digital y una mesa redonda recuerdan los 40 años del atentado ultra contra la revista de humor

CARLES GELI, **Barcelona**  
Era una redacción *salvajilla*, un poco bruta, muy rompedora, con un punto *underground* y una estética *feilla*, que traspasaba fielmente a la propia publicación. Se jugaba al fútbol a menudo y los *cremats* de ron corrían como el agua del grifo... Toda esa alegría muy de la época se truncó también a lo bestia, sobre las 11.40 del 20 de septiembre de 1977, cuando al portero de la finca del número 77 de la calle Tallers de Barcelona, Juan Peñalver, le estalló el maletín que debía entregar en mano a Xavier de Echarri, el director de *El Pappus*. Peñalver falleció destrozado en el acto y otras 17 personas resultaron heridas en uno de los atentados más simbólicos de la aún incompleta y oscura historia de la Transición.

La tragedia podría haberse convertido en carnicería porque había mucha gente en esa primera planta: en la redacción de *El Pappus* trabajaban en ese momento dibujantes como Óscar Nebreda, tenía lugar una reunión de la cabecera hermana *Barrabás*, con el periodista Àlex Botines, y se compartían oficinas con las publicaciones *El Cuervo* y *Party*.

La ultraderechista Triple A (Alianza Apostólica Anticomunista) se atribuyó el atentado, que en el oscuro marasmo de grupúsculos contrarios a la democracia tras la muerte del dictador pareció efectuar la Hermandad Nacional de la Guardia de Franco y la Juventud Española en Pie (JEP). “Se produjo en un momento álgido de una violencia de la extrema derecha durante la Transición que contaba con la relativa connivencia del Estado. Eran épocas de



Portada tras el atentado.

gran tensión, la ciudadanía se preguntaba cuál sería la próxima de esa gente, hasta dónde se podría ir con la libertad de expresión en un estado en manos de neofranquistas”, sitúa el historiador Ricard Vinyes, comisionado para la Memoria del Ayuntamiento de Barcelona, que hoy inaugurará ante la que fue la sede de la revista un atril conmemorativo del atentado, a la manera de los que lucen ya en la plaza Cinc d'Oros y en Hipercor de la Meridiana.

“Una placa no servía: hay casualidades que deben ser explicadas... Me entrevisté con la viuda del conserje Peñalver y otros familiares de heridos y nunca, en estos 40 años, ni desde el Ayuntamiento ni desde la Generalitat se habían dirigido a ellos; hay cosas que no se deben olvidar... La Transición costó mucho”, justifica Viñas.

Herederos de uno anterior ya muy duro, 1977 fue otro año calen-

tito en esa Transición que no se sabía hacia qué lado iba a caer. Parecía una partida de ping-pong entre el afán reformista y democrático y el *búnker*, lo más reaccionario del régimen franquista, que se sentía amenazado por doquier: en enero un comando ultra sesinaba a cinco abogados laborlaista en la calle Atocha de Madrid; en mayo se legalizaba el *rojo* PSUC; el 15 de junio había las primeras elecciones democráticas desde 1939; en octubre regresaba Tarradellas y en diciembre se detenía a Albert Boadella por supuesta mofa de los militares en *La torna*.

En ese contexto, desde el 20 de octubre de 1973 se iba imponiendo en los quioscos *El Pappus*, que de sus 110.000 ejemplares iniciales pasó a 200.000 en marzo de 1976, impulsada por las decenas de secuestros administrativos que caracterizarían sus 14 años de vida, que se saldaron con 157 juicios y dos consejos de guerra.

Siempre bajo el paraguas directo o indirecto de la familia Godó, propietaria de *La Vanguardia*, a partir del número 45 dependía de Ediciones Amaika, con Echarri, Carlos Navarro, el propio Nebreda e Ivá como hombres fuertes que también estaban mayormente en la sala de máquinas, como Gin, Já, Joan de Sagarra, Antonio Franco o Maruja Torres.

Aprovechando de manera suicida los “espacios de tolerancia” de esos frágiles años, cada uno de los componentes de la revista, con trazo o pluma bien libre, iconoclastas a más no poder (marcó época *La Papunovela*, destripada parodia de las fotonovelas), con agria acidez y una heterodoxa y muy oral gramática, fue atacando sin piedad el ca-



Antigua sede de *El Pappus*, en la calle Tallers, ayer. / M. MINOCRI

pitalismo en plena crisis económica. Salpimentado con sexo de sal gorda, también recibían de lo lindo la Iglesia y, claro, los violentos reductos fascistas del poder. En esa línea, el número en el que se mofaron de la manifestación del 20-N de 1976 fue la gota que colmó el vaso: Echarri fue avisado de que los ultras iban a por él. “La amenazas las comentábamos en la redacción si venían por correo porque solían incluir dibujos; también nos amenazaban por teléfono diciendo que nos habían puesto una bomba: desalojábamos el edificio y acabábamos la revista en un bar”, recuerda Nebreda en el completo despliegue que el museo digital Humoristán (humoris-

tan.org) dedica al evento y que completarán presencialmente el miércoles con una mesa redonda en el Colegio de Periodistas.

La bomba llegó. Y, amén de las desgracias personales, se llevó algo del espíritu porque en 1978 la revista bajó hasta los 62.000 ejemplares, languideciendo hasta 1986. Hubo 12 detenciones; según el abogado de la revista, en el juicio se dio “obstrucción deliberada” y el periodista Xavier Vinader aseguraba que hubo “conexiones entre grupos de extrema derecha y los servicios de Seguridad del Estado”. Nunca quedó claro del todo quién fue el culpable, ni los inductores. Al menos, desde hoy, se recordará que aquello pasó y dónde.

## La Setmana del Llibre en Català cierra con aumento de ventas

La feria estudia incorporar un país invitado para reforzar su función de salón

C. G. **Barcelona**  
Un inicio no tan próximo a primeros de septiembre (este año ha arrancado el día 7, mientras que en la pasada convocatoria lo hizo el día 2), unido a la estabilidad en la ubicación (la plaza de la Catedral de Barcelona) lograda en las últimas ediciones, ha comportado que la 35ª Setmana del Llibre en Català cerrara ayer sus puertas con la sensación de que la afluencia de público, pero también las ventas, se podrían haber incrementado notablemente. Y estas últimas, en concreto, “entre un 10 y un 15%”, según estimaciones del

presidente de la Setmana, Joan Sala. Las cifras definitivas no se podrán contabilizar hasta mañana. De confirmarse, situarían los resultados comerciales de la Setmana rozando los 400.000 euros; pero en cualquier caso sería ya la tercera edición consecutiva en la que la cita librería incrementa su facturación, siempre por encima de los dos dígitos.

“Sin duda, que el cambio de fechas nos ha ayudado este año”, admitía Sala. También tiene su peso específico el incremento de expositores año tras año, que en la presente convocatoria ha sido de 163,



Una visitante ojea libros en la Setmana, el pasado miércoles. / HILDA PÉREZ

13 más que en 2016.

Números aparte, la sensación en el sector es que la Setmana está en *racha* y que parece haber encontrado un lugar bajo el sol del calendario de eventos. Así lo han leído mayormente los editores en lengua catalana, que apro-

vechan el marco de la feria para presentar, siguiendo la estela del vecino mercado francés, las novedades de la *rentrée* literaria muy pronto. Este año se ha alcanzado la friolera de casi dos centenares, en un contexto de 270 actos, a los que han asistido un total de 170

autores.

La presencia, por vez primera en una Setmana del Llibre, de 16 editores y agentes literarios de 14 países (de Rusia a Israel, de EE UU a Croacia), que han mantenido reuniones comerciales con sus homólogos catalanes es otro indicador de la lenta pero, al parecer, inexorable combinación de la Setmana entre festival literario, feria y encuentro profesional.

En esa última línea, los organizadores barajan la posibilidad de que el año próximo pudiera añadirse a la oferta de la convocatoria la idea de dejar un espacio (cada vez más difícil en lo físico) para la producción editorial de algún país o ciudad, funcionando así como invitada de la Setmana. Los costes y un tema de calendario han impedido en los dos últimos años llevar ese proyecto a buen puerto. La literatura italiana es la que tiene, en estos momentos, más números para estrenar una propuesta inimaginable desde la perspectiva de aquellas primeras ediciones en los años 80 en la entonces lúgubre y ruidosa estación de Sants que vio nacer la Setmana.